

da de granizo, porque el frio era mayor de lo acostumbrado.¹³ Apesar de eso Pizarro deseaba tanto cerciorarse de las verdaderas intenciones del Inca, que resolvió enviar inmediatamente una embajada á su campo. Escojió para esta comision á Hernando de Soto, á quien dió por escolta quince caballos; pero reflexionando despues que hubo partido, que aquella fuerza era muy corta en caso de que los Indios intentasen algun ataque, dió orden á su hermano Hernando de que fuera á reforzarle con otros veinte ginetes. Este capitan y uno de los que fueron con él, nos han dejado una noticia de su expedicion.¹⁴

Una sólida calzada conducia de la ciudad al

¹³ "Desde á poco rato comenzó á llover, i caer granizo." (Xerez, *Conq. del Peru*, ap. Barcia, tom. III. p. 195.) Caxamalca en la lengua de los Indios significa "lugar de hielo;" porque aunque su temperatura es por lo comun benigna y agradable, es sujeta á unos vientos frios del levante, muy perjudiciales á la vegetacion: Stevenson, *Residence in South America*, vol. II. p. 129.

¹⁴ Carta de Hern. Pizarro, MS.

En la carta de Hernando Pizarro dirigida á la Real Audiencia de Santo Domingo, se encuentra una relacion completa de los estraños sucesos conteni-

dos en este capitulo y el siguiente, en los que tomó este caballero una parte tan activa. Teniendo en cuenta la parcialidad inevitable en un actor principal de las escenas que refiere, no puede darse autoridad de mayor peso. El infatigable Oviedo que se hallaba en Santo Domingo, conoció su importancia, y por fortuna incluyó este documento en su grande obra *Hist. de las Indias*, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 15 (*). El autor anónimo de la *Relacion del Primer Descubrimiento*, MS. marchó tambien con la partida.

(*) La carta de Hernando Pizarro ha sido publicada por el Sr. Quintana en el apéndice 5.º á la vida de Pizarro, en el t. 2.º de sus "Vidas de Espanoles célebres."—N. del T.

campo real atravesando por las praderas, y por ella marchó á todo galope la caballería. Apenas habrian andado una legua llegaron frente al campamento que se estendia por las amenas faldas de la montaña. Delante de las tiendas estaban clavadas las lanzas de los guerreros, y estos estaban ociosos fuera de ellas, contemplando con asombro y en silencio el escuadron de los cristianos, que pasaba rapidamente á su lado como una aterradora vision, con grande estruendo de armas y clarines.

Llegaron en breve los Españoles á un arroyo ancho, pero poco profundo, que servia de defensa al campamento del Inca. Habia un puente de madera para facilitar el paso, mas desconfiando los Españoles de su solidez, prefirieron entrar al agua, y llegaron sin dificultad á la orilla opuesta. Allí encontraron junto á la entrada del puente un escuadron de Indios sobre las armas; pero no pusieron impedimento á la marcha de los Españoles, y estos por su parte tenian órdenes estrechas de Pizarro, que á la verdad en las circunstancias paesentes eran casi inútiles, de no ofender ni molestar á nadie en el camino. Uno de aquellos Indios les señaló el alojamiento donde se hallaba el Inca.¹⁵

Componiase este de un patio abierto con un

¹⁵ Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, MS.—Carta de Hern. Pizarro, MS.

edificio pequeño ó sala de recreo en el centro, y rodeado de portales, con una puerta en la parte de atras que caia á un jardin. Las paredes estaban revestidas de un especie de estuco lustroso, así blanco como de colores, y delante del edificio habia un grande estanque á donde venian á parar dos caños que le surtian de agua caliente y de fria.¹⁶ Todavía se vé en aquel lugar un estanque de piedra que conserva el nombre de "el baño del Inca," si bien puede suponerse que es de fecha mas reciente.¹⁷ El patio estaba lleno de Indios nobles vestidos de gala que hacian la corte al Inca, y de mugeres de la casa real. No era difícil distinguir entre todos la persona de Atahuallpa, aunque estaba vestido con mas sencillez que los demas, porque llevaba en la cabeza la borla encarnada, que rodeándole la frente le bajaba hasta las cejas. Esta era la famosa insignia de los monarcas peruanos, y no se habia atrevido Atahuallpa á ceñírsela hasta despues de la derrota de su hermano Huascar. Estaba sentado en un cojin ó banquillo bajo, por el estilo de los turcos y moros, y le rodeaban con grande ceremonia los nobles y gefes principales

¹⁶ Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 202.

¹⁷ "Y al estanque venian dos caños de agua, uno caliente y otro frio, y allí se templaba la una con la otra, para quando el Señor se

queria bañar ó sus mugeres que otra persona no osaba entrar en él so pena de la vida." Pedro

Pizarro, Descub. y Conq., MS.
¹⁷ Stevenson, Residence in South America, vol. II. p. 164.

colocados por el orden que correspondia á su rango.¹⁸

Los Españoles dirigieron todos la vista con grande interes á aquel príncipe que habia ganado el trono con su valor y de cuya crueldad y astucia tenian ya largas noticias. Pero en su fisonomia no se retrataban ni las pasiones violentas ni la sagacidad que le atribuian, y aunque en su porte grave se descubria cierto aire de autoridad propio de un rey, no habia espresion en sus facciones, y solo se revelaba en ellas la apatia característica de las razas americanas. En el caso presente es de creer que esta seria fingida en gran parte, pues era imposible que el príncipe indio contemplase sin interes ni curiosidad un espectáculo tan nuevo, y en cierto modo imponente, como era el de estos misteriosos estrangeros, de los que no podian haberle dado cabal idea las descripciones que de ellos le hubiesen hecho antes.

¹⁸ Xerez, Conq. del Perú, con una corona en la cabeza, y ap. Barcia, tom. III. p. 164.— una borla que le salia della, y le cubria toda la frente, la cual era

la insignia real, sentado en una veces, describe en estilo sencillo, pero animado, el aspecto del monarca peruano. "Llegados al patio de la dicha casa que tenia delante de ella, vimos estar en medio de gran muchedumbre de Indios asentado aquel gran Señor Atabalica (de quien tanta noticia, y tantas cosas nos habian dicho)

sillecta muy baja del suelo, como los turcos y moros acostumbran sentarse, el cual estaba con tanta magestad y aparato cual nunca se ha visto jamas, porque estaba cercado de mas de seiscientos Señores de su tierra." Relacion del Primer. Descub. MS.

Soto y Hernando Pizarro con solo dos ó tres soldados mas se acercaron al Inca, y haciendo este último una respetuosa reverencia, sin apearse de su caballo, dijo á Atahuallpa que venia de parte de su hermano, el capitán de los blancos, para informar al monarca de la llegada de estos á la ciudad de Caxamalca. Díjole tambien que eran vasallos de un poderoso príncipe que tenia su trono del otro lado de los mares, y habian venido, atraídos por la fama de sus victorias, á ofrecerle su ayuda, y á instruirle en los dogmas de la verdadera fé que ellos profesaban. Su hermano el general suplicaba por último á Atahuallpa, que se dignase hacer una visita á los Españoles en sus alojamientos.

A todo esto no respondió el Inca una palabra ni aun siquiera dió á entender que lo comprendia, apesar de que Felipillo, uno de los intérpretes de quien ya hemos hablado, le fué traduciendo todo. Mantúvose callado, con los ojos clavados en el suelo, y solo uno de los señores que estaban á su lado respondia, "Está bien." Semejante silencio ponía en confusión y apuro á los Españoles, pues se encontraban ahora tan distantes de cerciorarse de las verdaderas intenciones del Inca, como cuando estaban las montañas de por medio.¹⁹

19. "Las cuales por él oídas, y que queríamos, y ver nuestras personas y caballos, tuvo tanta serenidad en el rostro, y tanta

Tomó Pizarro de nuevo la palabra, y del modo mas cortés y respetuoso suplicó al Inca que les hablase por su propia boca, y les diese á conocer su voluntad.²⁰ Condescendió al fin Atahuallpa en responderle, diciéndole con una ligera sonrisa. "Decid á vuestro capitán que estoy en ayuno, y le acabaré mañana por la mañana. Que entonces le iré á visitar con algunos de mis principales, y que en el entretanto se aposente en los edificios públicos que estan en la plaza, sin entrar en otro alguno hasta que yo vaya y disponga lo que se ha de hacer."²¹

Hernando de Soto, que como ya hemos dicho se hallaba presente á la entrevista, era el mejor montado, y quizá el mejor jinete del escuadron de Pizarro. Observando que Atahuallpa

gravedad en su persona, que no quiso responder palabra á lo que se decia, salvo que un Señor de aquellos que estaban par de él respondia: bien está." Relacion del Primer. Descub. MS.

20 "Visto por el dicho Hernando Pizarro que él no hablaba, y que aquella tercera persona respondia de suyo, tornó á suplicar que él hablase por su boca y le respondiese lo que quisiese." Ibid., MS., ubi supra.

21 "El cual á esto, volvió la cabeza á mirarle sonriéndose y le dijo: "Decid á ese capitán que os embia acá, que yo estoy en ayuno, y le acabo mañana por la

mañana, que en bebiendo una vez, yo iré con algunos destes principales míos á verme con él, que en tanto él se aposente en esas casas que están en la plaza que son comunes á todos, y que no entren en otra ninguna hasta que Yo vaya, que Yo mandaré lo que se ha de hacer." Ibid., MS., ubi supra.

En esta singular entrevista he seguido la relacion del compañero de Hernando Pizarro mas bien que la de este último, que se representa á sí propio hablando en un tono señorial que huele mucho á jactancia de hidalgo.

miraba con atencion el brioso corcel, que heria la tierra con las manos y tascaba el freno con la impaciencia propia de un caballo de batalla, le aflojó la brida y arrimándole las espuelas, partió á todo escape por la llanura. Allí volviéndole y revolviéndole repetidas veces ya á un lado ya á otro, lució todos los movimientos de su hermoso corcel y su consumada destreza en la equitacion. Detúvole luego de golpe en la fuerza de la carrera, de modo que casi le hizo tocar con las ancas al suelo; pero tan cerca de la persona del Inca que parte de la espuma del bocado cayó en las vestiduras reales. Atahualpa conservó, sin embargo, la misma inmovilidad y compostura, aunque varios soldados al ver pasar cerca á Soto en su carrera se asustaron de modo que se hicieron á un lado llenos de temor; debilidad que pagaron bien cara, si como afirman los Españoles, Atahualpa los hizo morir la misma noche por haber manifestado flaqueza tan indigna delante de los extranjeros.²²

Ofrecieron luego refrescos á los Españoles, pero estos los rehusaron no queriendo apearse de

²² Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del Prim. Descub., MS.

"I algunos Indios con miedo, se desviaron de la carrera, por lo qual Atahualpa los hizo luego matar." (Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 4.) Xerez cuenta que

así lo confesó el mismo Atahualpa á los Españoles despues que fué hecho prisionero.—Con razon espantó á los Indios el caballo de Soto, si, como dice Balboa, saltaba un foso de veinte pies con su gímete completamente armado. Hist. du Pérou, chap. 23.

sus caballos. No se negaron; sin embargo, á probar la chicha que les presentaron en grandes vasos de oro de ojinegras bellezas del harem;²³ y despues de despedirse cortesmente del Inca, se volvieron los caballeros á Caxamalca, formando por el camino mil estraños discursos sobre lo que habian visto; sobre el lujo y opulencia del monarca indiano, sobre su grande ejército, tan bien provisto y al parecer perfectamente disciplinado; cosas todas que indicaban mayor civilizacion, y por consiguiente mayor poder, que cuanto habian visto antes en los llanos de la costa. Y cuando comparaban todo esto con sus reducidas fuerzas, y se veian ya tan internados que no podian esperar ser socorridos, conocian que habia sido una temeridad suya el meterse de ese modo hasta el corazon de un poderoso imperio, y se llenaban de los mas funestos presentimientos.²⁴ Pronto cundió por todo el campo este pernicioso espíritu de desconfianza,

²³ Relacion del Primer. Descub., MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 196.

²⁴ "Hecho esto y visto y atalayado la grandeza del ejército, y las tiendas que eran bien de ver, nos volvimos á donde el dicho capitán nos estaba esperando, harto espantados de lo que habíamos visto, haciendo y tomando entre nosotros muchos acuerdos y opiniones de lo que se debía hacer, estando todos con mucho temor por ser tan pocos, y estar tan metidos en la tierra donde no podíamos ser socorridos." (Relacion del Primer. Descub., MS.) El miedo era una sensacion inusitada en el hidalgo castellano; pero si en esta ocasion no sintió alguno, debia parecerse al esforzado caballero, de quien dijo Carlos V: "que nunca habria despavilado una luz con los dedos."

que en vez de disminuir fué en aumento, cuando entrada la noche vieron iluminadas las laderas con los fuegos del ejército peruano; "tan juntos unos á otros," dice un testigo de vista, "como las estrellas del cielo."²⁵

Un corazón habia sin embargo en aquella pequeña tropa que no daba entrada ni al temor ni al abatimiento. Este era el de Pizarro, quien en su interior se regocijaba de que hubiesen llegado las cosas al punto á que él habia deseado traerlas. El conoció que todo era perdido si no conseguia que sus compañeros participasen de su firme resolucion. Sin reservas sus proyectos se fué, pues, llegando ya á unos ya á otros, pidiéndoles que no se mostrasen débiles cuando habia llegado la hora de encontrarse frente á frente con el enemigo, que andaban buscando hacia tanto tiempo. "Confiad" les decia. "en vosotros mismos y en aquella Providencia que nos ha sacado salvos de tan terribles peligros. No ha de abandonarnos ahora tampoco, y si el enemigo tiene á su favor la ventaja de su inmenso número, nosotros tenemos de nuestra parte el poderoso auxilio del cielo, que vale mas que todo."²⁶ El aventurero español esta-

²⁵ "Hecimos la guardia en la plaza, de donde se vian los fuegos del ejército de los Indios, lo cual era cosa espantable, que como estaban en una ladera la mayor parte, y tan juntos unos

de otros, no parecia sino un cielo muy estrellado." Relacion del Primer. Descub., MS.

²⁶ Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 197.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.

ba sujeto á la influencia combinada del espíritu caballeresco y del zelo religioso. En la hora del peligro, este era le mas poderoso, y Pizarro que conocia bien el carácter de los que mandaba, revivió en sus pechos las medio apagadas cenizas del entusiasmo, y fortaleció su valor vacilante, presentándoles la conquista bajo el aspecto de una verdadera cruzada.

Convocó en seguida una junta de sus oficiales para discutir el plan de operaciones, ó mas bien para proponerles el extraordinario proyecto que él habia concebido. Tratábase nada menos que de tender una red al Inca, y hacerle prisionero á la faz de todo su ejército. Era un proyecto lleno de peligros y casi parecia un aborto de la desesperacion; pero la posicion de los Españoles era tambien desesperada. A donde quiera que volviessen la vista solo descubrian inminentes riesgos, y valia mas hacer frente como hombres al peligro, que huir de él cobardemente cuando no les quedaba arbitrio para escapar.

Para la fuga era ya demasiado tarde. Y á donde huirian? A la primera señal de retirada se les echaria encima el ejército del Inca. El enemigo que conocia mucho mejor que ellos los desfiladeros de la sierra, se anticiparia á sus movimientos, ocuparia los pasos, y su muchedumbre les oprimiria por todos lados; mientras

que el simple hecho de un movimiento retrógrado, rebajaría la confianza, y con ella la verdadera fuerza de sus soldados, duplicando al mismo tiempo la del enemigo.

Por otra parte, en la posición en que se hallaban, el mantenerse mucho tiempo sin obrar, parecía igualmente peligroso. Aun suponiendo que la amistad con que al parecer les había recibido Atahualpa fuese sincera, no podían confiar en que sería de larga duración. El continuo trato con los blancos le desengañaría muy en breve de que en su naturaleza no había nada de superior ni sobrenatural. Su reducido número le inspiraría desprecio, al mismo tiempo que sus caballos, sus armas y bagages, serían un cebo irresistible para un monarca bárbaro, que cuando estuviese seguro de poder acabar con las personas, no tardaría en encontrar algún pretexto para ello. Bastante tenía ya con las medidas violentas que los conquistadores habían tomado mientras venían atravesando por sus provincias.

Y después de todo ¿qué razones tenían para suponer que el ánimo del Inca les era tan favorable? El era un príncipe artificioso y poco delicado, y si no mentían las repetidas noticias que habían ido recibiendo por el camino, siempre vió de mal ojo la venida de los Españoles. Y era muy natural que así fuese. Sus cortesés embajadas no habían tenido otro fin que engañar-

les para que pasasen las montañas, donde con el auxilio de sus guerreros fácilmente podía haber acabado con ellos. Veíanse así enredados en las redes que les había tendido el astuto monarca.

El único remedio, pues, era volver contra el Inca sus propias artes, y cogerle si era posible en sus mismas redes. No había tiempo que perder, porque de un día á otro podían llegar las legiones victoriosas del Sur y aumentar todavía más la desigualdad entre ambas fuerzas.

El hacer frente á Atahualpa en campo abierto, era sin embargo sumamente peligroso, y aun cuando se lograra la victoria no era de creerse que la persona del Inca, cuya captura era tan importante, cayese en manos de los vencedores. El haber aceptado con tan poca cautela la invitación que le hicieron de venir á visitarles á sus alojamientos, les proporcionaba la mejor ocasión de apoderarse de tan estimable presa. Ni parecía el plan tan desesperado, si se tomaban en consideración las grandes ventajas que daban á los invasores, su valor, sus armas, y lo repentino é inesperado del ataque. El solo hecho de obrar bajo un plan concertado, bastaba para que un pequeño número de soldados pudiese hacer frente á otro mucho mayor. No era tampoco necesario dejar entrar á la ciudad toda la fuerza peruana antes de comenzar el ataque, porque una vez asegurada la persona del Inca, sus vasa-

llos asombrados de tan extraño suceso, fuesen pocos ó muchos, no tendrian valor para oponer mayor resistencia, y teniendo ya al Inca en su poder, podria Pizarro dictar leyes al imperio.

En este atrevido proyecto del capitan español, se echa de ver desde luego que tenia muy presente la memorable hazaña de Cortés, cuando se llevó el monarca azteca á sus cuarteles. Pero aquel no usó de la violencia, ó á lo menos no lo hizo á viva fuerza, y obtuvo la aprobacion, aunque forzada, del monarca mismo. Era cierto tambien que los resultados de aquella medida no fueron tales que convidasen á repetir la experiencia, porque el pueblo se levantó en masa para acabar al mismo tiempo con el príncipe y con sus raptores; mas esto se debió, á lo menos en parte, á la imprudencia de los últimos. A los principios no pudo salir mejor, y una vez apoderado de la persona de Atahuallpa, Pizarro confiaba para lo demas en su propia prudencia. A lo menos de esta manera saldria de la crítica situacion en que se hallaba, consiguiendo una preciosa garantía de su seguridad, y si no lograba que el Inca aceptase desde luego sus condiciones, probablemente lo conseguiria cuando le llegasen los refuerzos que aguardaba.

Habiendo arreglado Pizarro de este modo sus planes para el día siguiente, se disolvió la junta, y el gefe se ocupó en tomar medidas para

la seguridad del campamento durante la noche. Hizo guardar las avenidas de la ciudad, y colocó centinelas en diversos parages, especialmente en las alturas de la fortaleza, para que desde allí observasen la posicion del enemigo, y diesen aviso del menor movimiento que pudiese turbar la tranquilidad de la noche. Tomadas estas precauciones, el gefe español y sus tropas se retiraron á sus respectivos alojamientos; pero no para entregarse al sueño. A la verdad que muy tarde debieron conciliar el sueño los que sabian el golpe decisivo que debia darse á la mañana siguiente; dia que iba á decidir de su suerte, coronando sus ambiciosas pretensiones del éxito mas feliz, ó echando el último sello á su perdicion y ruina.

La noche de la tarde se adelantó con calma, y el silencio que reinaba en la ciudad era profundo. Los españoles se habían retirado á sus respectivos alojamientos, y se habían entregado al sueño. Pero el gefe español no podía descansar tranquilo, y se levantó á las once de la noche para ir á visitar el campamento del Inca. Al salir de su alojamiento, se encontró con un soldado que le dijo que el Inca se había levantado y se había dirigido al templo de la Luna. El gefe español se apresuró a seguirlo, y al llegar al templo, se encontró con el Inca y con sus raptores. El Inca le dijo que se había levantado para ir a visitar el templo de la Luna, y que se había encontrado con sus raptores. El gefe español le dijo que se había levantado para ir a visitar el campamento del Inca, y que se había encontrado con el Inca y con sus raptores. El Inca le dijo que se había levantado para ir a visitar el templo de la Luna, y que se había encontrado con sus raptores. El gefe español le dijo que se había levantado para ir a visitar el campamento del Inca, y que se había encontrado con el Inca y con sus raptores.